

Semblanza*

Es una responsabilidad y un alto honor el que la Generalitat Valenciana y el Consejo Valenciano de Cultura, hayan confiado en mí para recordarles en este día algunos aspectos de la figura querida y venerada de don José Antonio Maravall, o más bien para evocar aquí entre todos su recuerdo emocionado. Tanto más emocionado cuanto que sabemos que este acto de hoy, y esta semana dedicada a su obra en el ámbito universitario valenciano, hubieran sido para él —y lo digo sin ánimo alguno de enfatización— una de las ilusiones mayores de su vida. Pues para el profesor Maravall, para don José Antonio —como siempre le hemos llamado los que tuvimos la suerte inmensa de estar en su entorno discipular— ser valenciano, haber nacido en una ciudad como Xátiva, no constituía un simple hecho azaroso de su existencia, sino una de las piedras angulares de lo que él denominó la «problemática experiencia vital de uno mismo».

Su propia vocación de historiador —pues de vocación se trataba— estaba ligada a tal origen. Como contestaba en una larga entrevista, prolongada en varias tardes de charlas inolvidables en su despacho, en 1982 —y como él mismo ha escrito en más de una ocasión—, su interés por la historia no era sencillamente una especie de gusto erudito, de saber por saber, sino un interés vivo, un interés que —en sus propias palabras— iba unido a su propia realización personal. Tenía que investigar en el pasado para conocer su presente, el presente de una generación que sería después duramente castigada por una tremenda guerra civil; y esa investigación la realizó siempre con la única actitud posible para ello, con la «pasión fría» que exigía Hegel; con objetividad y autodistanciamiento, claro está, pero con el apasionamiento que ya los clásicos reclamaban para poder llegar a conocer algo. Maravall siempre tuvo claro que la objetividad en el conocimiento era algo muy distinto de lo impersonal y él, que era tan poco platónico, suscribiría sin embargo la recomendación platónico-aristotélica de que la búsqueda y la lucha por la objetividad, como resumió Jaeger, supone la reacción y el esfuerzo de un yo que se concentra en los valores soberanos y siente un interés apasionado por la vida. Este interés apasionado, que permite unir en casos privilegiados la propia profesión con la realización personal, tal como siempre se dio en José Antonio Maravall, lo enraizaba él mismo en su pertenencia a la tierra valenciana.

Vivir en Xátiva —decía en 1985— era revivir el mito del centro del mundo.

* Las referencias a que se alude en el texto son las siguientes:

—Álvarez de Miranda, P., «Necrology», *Hispanic Review* 55, 1987.

—P. M. Batllori, S. I., «José Antonio Maravall», *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Enero-abril, 1987.

—Elliot, J., entrevista. *El País*, suplemento Libros. 15 de enero 1987.

—Grande, F., «Contra-luz». En *Homenaje a José Antonio Maravall*. Coordinación: M.^a Carmen Iglesias. 3 vols. CIS, Madrid, 1987 (vol. II, pp. 245-252).

La cita de San Agustín corresponde a *De catechizandis rudibus*, 2,4, y la de Aristóteles a una síntesis de los fragmentos 52 y 58 del *Protréptico*.

Respecto a las palabras del profesor Maravall, se encuentran en:

—Un voto en común para el mañana, *Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia*, 1980.

—Entrevista en *Papers. Valencia*. «La cultura como ciencia humana». Febrero 1985.

—Entrevista en *El Urogallo*. N.º 3-4. Julio-Agosto 1986, págs. 76-80.

Valencia, donde nace, y Castilla, donde habita, permanecen ensambladas en su obra histórica, decisiva para la comprensión de la historia de España. El padre Batllori ha señalado que Maravall «sin duda por su origen valenciano y por su conocimiento más profundo de la historia y la cultura de toda la Corona de Aragón», ha sido el historiador *general* que en historia del pensamiento se le puede considerar, junto con Vicens Vives en historia económica, como uno de los dos grandes innovadores en el siglo XX de la historia *general* de España. Y la misma opinión comparte el gran historiador británico de nuestro Conde-Duque de Olivares, John Elliot, quien, añadiendo a Maravall y Vicens Vives el nombre señero de Domínguez Ortiz, estimaba que eran «los tres gigantes» que había encontrado ya hace más de treinta años al llegar por primera vez a España.

Testimonios de este tipo podrían multiplicarse, pero no creo que hagan demasiada falta. Baste recordar que José Antonio Maravall, académico de la Historia, catedrático de Historia del Pensamiento Político y Social de España en la Universidad Complutense, presidente que fue de la Asociación Española de Ciencias Históricas, director muchos años de *Cuadernos Hispanoamericanos*, era también catedrático asociado de varias universidades europeas y americanas, doctor *honoris causa* por las universidades de Toulouse y de Burdeos, *Chair* por concurso de la Universidad de Minnesota, profesor reclamado insistentemente, antes y después de su jubilación, para cursos, congresos y seminarios, en universidades nacionales y extranjeras. Autor de casi una treintena de libros, varios de ellos traducidos al inglés, francés, italiano y otras lenguas, y de un impresionante número de artículos especializados y estudios monográficos (cerca de dos centenares), su obra ha abarcado desde temas medievales a aspectos y corrientes de pensamiento desde los siglos XVI al XX. En todos ellos marcó su impronta decisiva, abrió nuevos caminos u horizontes de investigación, puso el acento en aspectos originales o novedosos que habían pasado desapercibidos, descubrió matices e inflexiones que obligaban a replantearse la problemática de todo un período histórico. Tal es el caso del Barroco, y de sus famosos trabajos, escalonados en el tiempo, sobre su teatro, su literatura, su mentalidad, su estructura social, que culminarían en ese gran libro que es *La cultura del Barroco*. Pero fue igualmente decisivo, y su cita es de referencia obligada para los estudiosos e hispanistas de todo el mundo, en otros temas como el de su libro *El concepto de España en la Edad Media* (donde la utilización de fuentes de origen castellano-aragonesas situaba el problema de España en coordenadas muy diferentes a las de los tópicos hasta entonces admitidos); muy particularmente, ha sido un gran innovador al tratar el Renacimiento español y europeo, rompiendo con la idea de la existencia de una fractura radical entre el Medieval y el Renacimiento, así como con la imagen de un Renacimiento casi exclusivamente italiano, y más aún florentino; como innovador ha sido en esa obra monumental que fue *Estado moderno y mentalidad social*, sobre los orígenes del Estado moderno; o en *Antiguos y modernos* al referirse a la evolución y sentido de la idea de progreso; o en esos maravillosos libritos, que se leen con el apasionamiento de una novela y que tienen tras ellos el rigor y la erudición de años de paciente trabajo, como son *Las comunidades de Castilla, una primera revolución moderna*, o la magnífica visión de *El mundo social de La Celestina*; o la visión de Cervantes a través de su *Utopía y contrautopía en El Quijote*; la de Velázquez en su *Velázquez y el espíritu de la modernidad*, o la de la picaresca

—La historia de las mentalidades como historia social. *Universidad de Extremadura. Departamento de Historia Moderna. Cáceres, 1983.*

—Menéndez Pidal y la historia del pensamiento. *Arion. Madrid, 1960.*

en su último y querido libro, fruto de saberes de toda una vida, obra maestra que es en cierta manera su testamento historiográfico: ése su espléndido libro sobre *La literatura picaresca desde la historia social*. Seguir enumerando simplemente sus trabajos haría esta intervención excesivamente larga; quien desee acercarse a sus estudios monográficos, aparte de sus grandes libros, puede hacerlo a través de esos tres volúmenes que los recogen en *Estudios de historia del pensamiento español*, que abarcan desde la Edad Media hasta el siglo XVII y que esperamos ver aumentado en su cuarto volumen, el dedicado al siglo XVIII, para el que don José Antonio había dejado un borrador del índice ya preparado, aunque, como siempre hacía, pensaba revisar y aumentar sus trabajos sobre el gran siglo ilustrado. No obstante, con lo que hay, será suficiente para ese cuarto volumen, desgraciadamente póstumo.

Otras muchas cosas ha dejado en el telar; algunas de ellas lo suficientemente avanzadas para que puedan ser publicadas; otras como proyectos que nos hablan de su incansable vitalidad, de su viva curiosidad intelectual, de su trabajo infatigable y entusiasta. Jamás envejeció Maravall; él decía con guasa cuando los demás le decían «que estaba como siempre», que se debía a que siempre había tenido el mismo aspecto incluso cuando tenía treinta años, que siempre había sido «anciano»; pero no, no estaba «como siempre», estaba siempre mejor. Sólo su corazón era frágil; como escribiera admirativamente Félix Grande: «El profesor Maravall es exquisito, cardiópata, compasivo, cortés. Pero no frágil. Al contrario: es proteico». Tenía razón el poeta. Sólo alguien como Maravall, que creció en el tiempo en sabiduría y bondad, podía realizar esa ingente obra que deja tras de sí. No sólo asombra su cantidad y su rigor, sino lo que es más impresionante: su *crescendo* continuo. Él siempre quitaba importancia a su intensa actividad, como si fuera algo común, algo natural, sobre lo que no merecía la pena detenerse; estimó, al estilo ilustrado, que «trabajar no era más que un contrato que se tiene con la sociedad» (o, al estilo clásico, que «quien no hace nada *no* puede hacer el bien»), y que, además, para él era una suerte de privilegio, puesto que trabajaba en aquello que le gustaba. Permítanme repetir sus propias y significativas palabras:

Yo me siento —decía— un hombre vocacional. He tenido la suerte de hacer aquello que me gustaba. Realmente a mí no me ha costado trabajar y ha sido un coste mínimo. Es más, con el transcurrir del tiempo, según cada uno, el coste es inmenso, pero en total yo he tenido una vida con goces indecibles, caudales de ternura y de felicidad introducidos por otras personas, aunque claro, aun así, también he tenido problemas y sufrido disgustos y peligros. Y cuando me he sentido disgustado o triste me he puesto a trabajar y a la media hora se me ha olvidado.

Generosa y sabiamente, con esa difícil conquista de la serenidad que sólo muy pocos alcanzan, Maravall envolvía con estas palabras su en ocasiones cansado corazón, los inevitables desengaños, las penas ineludibles de la vida, en una *libido scienci* que — como ya escribí en otra ocasión y no encuentro mejor manera de volverlo a expresar— no era un refugio para permanecer indiferente o ajeno a las cosas exteriores a la manera estoica, sino al contrario suponía una actitud atenta e incluso comprometida —en el sentido profundo del término— con el mundo exterior, sabedor, a la manera también ilustrada, de que el plan de vida de riqueza interior no excluye el sufrimiento sino que lo abarca y lo domina.